

Ernesto Che Guevara: hombre de actos y de pensamiento.

Armando Hart Dávalos

Desde los históricos acontecimientos en Quebrada del Yuro, el Comandante Che Guevara se convirtió en un mito de la justicia universal entre los hombres y de la solidaridad entre los pueblos que, lejos de extinguirse con los años, crece y crecerá más hacia el futuro.

El Che fue una síntesis de hombre de acción y de pensamiento que trasciende en la historia americana y le infunde, a la vez, nuevos aliento y riqueza al ideal socialista. Los rasgos esenciales de su personalidad nos permiten apreciar las exigencias de una compleja época, la cual demanda una combinación de virtudes que suelen presentarse en la conciencia humana como contradictorias y que en su carácter hicieron síntesis: el guerrillero, el dirigente de la industria y la economía, el hombre de estado y de política; era también un infatigable investigador, un promotor de nuevos pensamientos, un combatiente de profunda vocación intelectual; se dijo que era un romántico, pero él respondió que era de esos que ponen el pellejo de por medio para mostrar sus verdades. Enemigo del dogma, de los esquemas, de las formas petrificadas, adepto a la búsqueda de la verdad y apasionado defensor del principio de que las dificultades deben abordarse con espíritu de creatividad. Era también modelo de disciplina intelectual y revolucionaria, y partidario de exigir responsabilidades a cada cual por sus actos. Había en él crítica a lo mal hecho, insistencia en la búsqueda de nuevos caminos, alto sentido de la responsabilidad social y un irrenunciable compromiso con los pobres.

No era un hombre de lo fácil, mostró que el rigor de un genuino revolucionario no se basa ni en el teoricismo ni en el academicismo, ni mucho menos en las posiciones intelectualistas alejadas de la vida real. Consideró a la retórica y el hipercriticismo -que no comprenden cómo se transforman las cosas- como muestras de mediocridad intelectual. Nadie puede acusarlo ni de dogmático ni de liberal. Disciplina consciente, pensamiento creador, todo eso reunió este soldado de América.

La primera vez que oí hablar del Che, fue en los meses posteriores a la amnistía política decretada en 1955 por Batista, bajo la presión de la opinión pública, que facilitó la salida de Fidel Castro y de los moncadistas de las cárceles de la tiranía. Corría el segundo semestre de ese año cuando Fidel, tras dos meses de libertad en Cuba, salió para su exilio en México.

De aquellos meses de 1955 y los primeros de 1956 recuerdo a muchos compañeros que conocí entonces, entre ellos estaba Antonio (Ñico) López, él que me enseñó mucho más que algunos académicos; fue quien me mencionó por primera vez el nombre de Ernesto Guevara.

Ñico viajó a Centroamérica, después que logró escapar de la represión, tras su participación en los acontecimientos del 26 de julio de 1953. Me dijo que durante su exilio había entrado en contacto con un médico argentino de ideas marxistas, y que estaba muy interesado en que Fidel lo conociera. Aquella inteligencia clarísima de Ñico, de profunda cubanía, y en la que se habían enraizado ya convicciones

socialistas, veía en el encuentro entre Fidel y el Che un elemento esencial para el éxito de nuestros proyectos.

En julio de 1955 conoce en Ciudad México a Fidel Castro Ruz, fundador y líder del Movimiento 26 de Julio, quien comenzaba a realizar los preparativos para la insurrección armada contra la tiranía de Fulgencio Batista. Se incorpora al grupo de revolucionarios cubanos y participa activamente en el entrenamiento de los futuros combatientes. Desde entonces es conocido con el sobrenombre con el que quedará inmortalizado para la historia: Che.

Para nosotros era lógico que un hombre de América se integrara a nuestra causa, y ninguno de los compañeros con quienes traté en aquellos años consideraba que la circunstancia de que el Che hubiera nacido en otro país lo invalidaba para alcanzar una importante influencia política en el nuestro. Ya en Cuba habíamos tenido una experiencia excepcional: Máximo Gómez, figura cumbre con Martí y Maceo de la lucha independentista, no era cubano de nacimiento. Por eso, el ascenso de aquel argentino a las más altas responsabilidades en Cuba se vio sin ningún prejuicio nacionalista.

Muchos años después me ocurriría algo curioso. En los tiempos en que el Che ya preparaba su viaje definitivo *hacia otras tierras del mundo*, sin comprender el alcance de lo que decía, le comenté, a propósito del Generalísimo Máximo Gómez, que este no había actuado en los años iniciales de la República porque, en el fondo, sentía el peso de no haber nacido en Cuba. De pronto me di cuenta de que no estaba hablando con un cubano cualquiera, sino con el cubano Ernesto Che Guevara. Me sentí apenado, el Che me respondió con una sonrisa.

En 1955, Raúl Castro viajó a México antes que Fidel para abrirle camino en sus empeños libertarios, allí conoció al Che y se concertó la primera entrevista en casa de María Antonia. Diez años más tarde, en su histórica carta de despedida a Fidel, el Che describió aquella escena: *Me recuerdo en esta hora de muchas cosas, de cuando te conocí en casa de María Antonia, de cuando me propusiste venir, de toda la tensión de los preparativos. Un día pasaron preguntando a quién se debía avisar en caso de muerte y la posibilidad real del hecho nos golpeó a todos. Después supimos que era cierto, que en una revolución se triunfa o se muere (si es verdadera).*

Aquellos dos hombres se entendieron en el acto, se inició, de inmediato y para siempre, una amistad que solo pueden profanar quienes no saben lo que es el honor y la lealtad. En el fondo de esta relación estaba la cultura espiritual de nuestra América, revelándose en una hermosa historia con caracteres de leyenda. No era un encuentro circunstancial y ligero, sino algo muy profundo con raíces antiguas: los hilos invisibles que unen a los grandes de la historia de que hablara Martí.

Después de los acontecimientos del 30 de noviembre -el alzamiento de Santiago de Cuba- y del 2 de diciembre -el desembarco del Granma-, transcurrieron varios días de incertidumbre, pues ignorábamos la suerte de la expedición; finalmente hicimos contacto con Fidel, por vía de Celia Sánchez. Fue a mediados de febrero de 1957, que fuimos llamados para una entrevista con Fidel en las inmediaciones de la Sierra Maestra, allí lo conocí personalmente, el 17 de febrero de ese año, cuando se celebró la primera reunión entre la Sierra y el Llano. El médico del que me había hablado Níco López (quien había caído en los primeros enfrentamientos), ya estaba en Cuba combatiendo junto a nosotros.

No fue hasta después del triunfo de la Revolución que tuve oportunidad de volver a tratarlo de manera personal, porque cuando volví a la Sierra, en diciembre de 1957, él no se hallaba junto a Fidel, pues le habían encomendado otras tareas fuera del campamento de la Columna 1, y al bajar de la Sierra para seguir cumplimentando mis trabajos clandestinos, caí preso hasta el triunfo de la Revolución.

En solo un año el Che se convirtió en una leyenda fundada en su heroísmo, su estrategia, su capacidad de guerrillero y su pasión revolucionaria. Junto a Camilo reeditó la hazaña de Maceo y Gómez, es decir, la invasión. Protagonizó la batalla de Santa Clara, acción que coadyuvó de manera decisiva al desplome militar de la tiranía y a la victoria revolucionaria del primero de enero de 1959.

No se conformó con ser un talentoso e intrépido combatiente de la guerrilla, su vocación intelectual lo impulsó por el camino de describir las formas y los estilos que adoptaba la acción guerrillera. De su análisis surgiría una explicación que presentaba como un ejemplo avalado por la experiencia en la lucha cubana de 1957 y 1958. Para él, el guerrillero debía poseer un carácter basado en el valor personal, la audacia, la capacidad de maniobra; se trata de la capacidad de guerrear con intrepidez y de la astucia necesaria para conocer los aspectos débiles del enemigo y golpearlo fuertemente.

El guerrillero es un agitador y un educador de masas, que combate con las armas en la mano para ir ganando posiciones e ir incorporando al pueblo a la lucha revolucionaria. En su libro **La guerra de guerrillas**, concibe a esta como promotora inicial del movimiento de masas armadas. Y es en el vínculo entre la acción revolucionaria y el movimiento de masas -que Lenin formuló como el motor pequeño que mueve al motor gigante-, en la relación entre la vanguardia y la masa, entre la acción de una persona y la de un grupo y el movimiento social en su conjunto, donde se halla un punto central de la problemática revolucionaria en todas las escalas.

Lo primero en el Che es su sentido heroico de la vida y su voluntad dispuesta al sacrificio útil en favor de la humanidad. Esto lo expuso de modo sencillo en respuesta a una carta que le enviara una admiradora desde Marruecos, en la cual le informaba que podía ser parienta suya, él le contestó: *De verdad que no sé bien de qué parte de España es mi familia (...) No creo que seamos parientes muy cercanos, pero si usted es capaz de temblar de indignación cada vez que se comete una injusticia en el mundo, somos compañeros, que es más importante.*

Este sentido de la vida muchas veces ha sido tratado con superficialidad por quienes, inmersos en la realidad inmediata, se olvidan de la realidad misma. Sin embargo, ya Martí había dicho que en política, lo real es lo que no se ve. La esencia de la vocación latinoamericana por lo heroico, y de nuestra decisión de pelear por un objetivo trascendente se expresa en un realismo político que no pueden entender quienes tienen una visión superficial y deshumanizada de la sociedad y de la historia.

Cumplir cabalmente con esta exigencia científica y cultural, y descubrir las raíces sociales y económicas del paradigma que él representa es la única forma de ser fiel a la amistad entrañable que nos unió.

LA ORIGINALIDAD DEL CHE GUEVARA

Tras el trágico desenlace que sufrió el ideal socialista en Europa y la URSS, la euforia conservadora proclamó el fin de la historia, el triunfo pleno y perdurable de su sistema social y la muerte definitiva de los paradigmas éticos, sin embargo, la imagen del Che, sigue tomando fuerza renovada. Los males en el mundo de hoy tienden a agravarse y nos amenazan con el caos, los pueblos necesitan unirse alrededor de sus símbolos para forjar acciones colectivas y abordar con ellos los graves retos que tienen ante sí.

Los mitos perdurables no nacen de la simple fantasía, su fuerza y razón para afianzarse en la imaginación popular hay que buscarlas en un pasado que dejó al margen del curso histórico valores irrenunciables que se reclaman para marchar hacia adelante. El peruano José Carlos Mariátegui, figura emblemática del pensamiento socialista de América, estudió con rigor científico y amor por los pobres una cuestión clave de la política. Nos enseñó que los pueblos solo son capaces de crear cuando hacen nacer de sus entrañas un mito multitudinario. Ya Engels había advertido hace más de un siglo que la incongruencia no estaba en levantar móviles ideales sino en no estudiar, a partir de ellos, sus causas fundamentales. Esta conclusión del insigne compañero de Marx fue olvidada por el llamado socialismo real. Para estudiar a fondo el mensaje del Che, hay que ir a la raíz filosófica de los graves errores cometidos con relación a la importancia de los factores subjetivos, morales, que fue precisamente su reclamo esencial.

En las décadas posteriores a la Segunda Guerra Mundial se refutó como sospechoso de idealismo filosófico el sentido heroico de la vida, la solidaridad humana y el amor, como si no fueran estos valores algo tan real que sin ellos desaparecería toda distinción del hombre con el reino animal. Han de acabarse de extraer las debidas conclusiones al hecho de que en virtud de la cultura y la espiritualidad nace y crece la vida del hombre en la tierra.

La realidad es testaruda y ejemplarizante y nos muestra que no hay régimen social perdurable, tanto menos el que aspire a establecer de forma universal los derechos del hombre, si no se reconoce la misión fundamental de la cultura y en especial de la ética en la historia humana. En ellas se sintetizan los elementos necesarios para incitar, orientar y materializar la acción.

Admirador de la hazaña portentosa de la URSS, apasionado defensor de que la obra iniciada por Lenin se consolidara históricamente, desde sus primeros contactos con ese país ofreció agudas observaciones de fenómenos preocupantes que se presentaban en el socialismo real. Señaló que en la URSS se habían tomado como verdaderas, cosas que teóricamente no lo eran, que eran hijas de la práctica, pero que era necesario revisar esa práctica y estudiar, además, la economía política del período de transición, que era un período nuevo y específico. Frente a determinadas desviaciones, se preguntó cuál había sido el error. Inmediatamente se contestó: no ir al punto de partida. Ilustró su punto de vista con el ejemplo de un aviador que pierde el rumbo y que trata de recobrarlo en pleno vuelo, en el momento en que toma conciencia del hecho, pero sin retornar al punto de partida: este sería el origen de multitud de aberraciones.

Es evidente que no podemos corregir errores sin ir a las fuentes originales, cualquiera que sea nuestra rectificación o, incluso, la concesión que tengamos que hacer a la realidad: no es correcto desconocer la esencia de nuestras más caras aspiraciones socialistas. Esta es una lección que la Revolución cubana ha comprendido.

La originalidad de Ernesto Guevara -y de la Revolución cubana- está en que, inspirado en la herencia espiritual de nuestra América, asume el pensamiento de Marx a partir de un compromiso ético y se plantea la posibilidad de emplear los factores subjetivos para incentivar y orientar la acción revolucionaria de las masas y la sociedad. Lo interesante para las ideas marxistas es que, desde tales perspectivas, el Che se acercó más radicalmente al pensamiento de Marx, que las interpretaciones marxistas prevalecientes en la segunda mitad del siglo XX. Y como una de las desviaciones sustanciales de la práctica socialista en las últimas décadas consistió en haberse alejado de la sustancia humanista universal de los forjadores del socialismo científico, la denuncia del Che contra tales desviaciones se convirtió en un llamado de alerta a los revolucionarios de su tiempo para volver por los caminos del marxismo consecuente.

Veinticinco años después se lanzó en la URSS, una campaña en favor del humanismo, sin embargo, el que allí se proponía no se asentaba en la más alta expresión del humanismo de la cultura occidental, es decir, en Marx y Lenin. El humanismo del Che tenía otra base: la de nuestra América. Su esencia son las tesis tercermundistas de la Revolución cubana; pertenece a la familia de los países explotados del orbe; no se pierde en debates intelectualoides, que pretenden validar viejos artificios burgueses. El Che señalaba las esencias del mensaje de liberación de forma clara y contundente. Así fue en *El socialismo y el hombre en Cuba*, en su memorable discurso del 11 de diciembre de 1964 en las Naciones Unidas y en el mensaje a la Cumbre de la Tricontinental, celebrada en La Habana en 1966. El llamado incluía el tema fundamental y concreto de la economía del siglo XX, que debían abordar los que abrazaban el pensamiento de Marx en nuestra época.

La tesis tercermundista implicaba que la práctica socialista volviera los ojos de forma radical hacia el Tercer Mundo. Era de una sabiduría política y de una ética, que al no ser comprendidas en su tiempo, no hicieron el aporte fundamental que estaban llamadas a hacer en la valoración de los problemas que aquejaban al socialismo real. Que tal llamado no se escuchara o no se pudiera escuchar no le resta valor al planteamiento realizado por el Che y la Revolución cubana. ¿Cuántas veces en la historia de las ciencias naturales un descubrimiento científico demora en ser entendido y aplicado? ¿Por qué no han de tener ese derecho las ciencias del hombre, infinitamente más complejas?

En su discurso de Argel, el 24 de febrero de 1965, aquel llamado adquirió caracteres dramáticos y polémicos. La historia, en forma de tragedia, habría de darle la razón. Lo más triste para los revolucionarios consiste en que esas realidades que llamamos tercermundistas habían sido esbozadas por Lenin, de manera especialmente concreta en sus últimos escritos, cuando resaltó el papel revolucionario de las luchas patrióticas y nacionalistas que se incubaban en el Oriente.

La contradicción entre los pueblos del Tercer Mundo y las oligarquías dominantes de un grupo de países constituía el reto esencial para los revolucionarios del siglo XX. Y aunque a estas alturas las batallas decisivas hayan quedado pospuestas, tenemos el deber y el derecho de decir nuestras verdades. No habrá solución para toda la humanidad sin abordar el problema crucial que plantearon el Che y la Revolución cubana en la década de la Crisis de Octubre y la batalla de la Quebrada del Yuro, sin el pensamiento tercermundista de Ho Chi Minh, sin las ideas expuestas en la Conferencia Tricontinental de Asia, África y América Latina celebrada en La Habana en enero de 1966.

Los procesos y acontecimientos fundamentales de la década de los años sesenta están signados por el hecho de que en todos, con mayor o menor conciencia, de una forma u otra, se planteó en el terreno práctico la necesidad de superar el esquema creado por la división del mundo en dos grandes esferas de influencias, surgidas de las alianzas militares, políticas y económicas, y de los acuerdos de Yalta y Potsdam. Una enumeración de esos hechos -ellos mismos de diverso cariz político- confirma este punto de vista; el triunfo de la Revolución cubana en 1959; la Crisis de Octubre de 1962; la escisión del movimiento comunista internacional, que produjo la ruptura entre China y la URSS; la guerra de liberación de Viet Nam; la guerra de liberación de Angola; el desplome del sistema colonial en Asia y África; el nacimiento y desarrollo del Movimiento de Países No Alineados; el crecimiento de los movimientos de liberación en América Latina, entre ellos del movimiento revolucionario sandinista; los movimientos militares progresistas de América Latina, en especial en Perú y Panamá; el Mayo francés; la crisis checoslovaca y, previamente, las situaciones creadas en Hungría y Polonia.

CULTURA Y SOCIALISMO

Es indispensable tomar experiencia del desenlace trágico que tuvo el más vasto proyecto de liberación humana emprendido en el siglo XX, cuyas causas esenciales tienen fundamentos culturales. La subestimación de los factores subjetivos y de lo que se ha llamado superestructura, y su tratamiento anticultural, se hallan en la médula de los graves errores cometidos. Se pasó por alto que la cultura, en su acepción integral, está en el sistema nervioso central de toda civilización.

Esto solo puede comprenderse a partir de un concepto integral y universal de cultura y de sus raíces antropológicas. Ella conforma el proceder revolucionario del autor de La guerra de guerrillas, y se trataba de una cultura de liberación. En el trasfondo del quehacer de Guevara está la tradición espiritual y ética latinoamericana que estimula y orienta hacia la acción emancipadora de nuestros pueblos, y a forjar la República moral en América, soñada por Martí, marcada por el móvil ideal de la utopía universal del hombre. Si a la América del Norte el pensamiento pragmático le ha impedido arribar a una idea tan abarcadora de la cultura, en la del Sur del Río Grande germinan como aspiración la integración y la síntesis universal de los valores culturales. La cúspide de este pensar está en José Martí.

Nuestros pueblos, ante la imposibilidad de alcanzar sus objetivos de manera inmediata, han desarrollado una conciencia histórica acerca de la importancia ejemplarizante de pelear y morir si fuera necesario en defensa del ideal. Nosotros los latinoamericanos -y se muestra de manera sublime en el Che- sabemos el valor histórico que tiene el ejemplo del sacrificio en la lucha por una aspiración política, social y moral más alta.

Ernesto Guevara recibió y enriqueció esa herencia y decidió forjar su carácter para asumir con la consagración de su vida el compromiso que estimó irrenunciable de defender el derecho de los pobres de América, y la aspiración bolivariana y martiana de integración moral de las patrias latinoamericanas. En su espíritu y psicología están esas raíces éticas y culturales de esa herencia, que lo alentaban hacia el humanismo de los pobres.

Esos sentimientos latinoamericanos unieron a Fidel y al Che. Si hubiera sido

simplemente rebeldía la alianza podría haber sido transitoria. Si hubiera sido cultura sin rebeldía habría sido coyuntural. Fue en la rebeldía culta donde se hizo sólida la unión. Los nexos entre el Che y la patria de Martí se forjaron indisolubles: Fidel y el Che están unidos por una misma cultura, que enlaza la pasión por la justicia y la liberación social a un saber profundo.

Ya sabemos los límites y distorsiones humanas de la espiritualidad en los sistemas sociales vigentes hasta aquí; sin embargo, con sus inmensas limitaciones y aberraciones, las clases reaccionarias logran imponer una “espiritualidad oficial” para fortalecer su régimen de opresión. En las condiciones del socialismo, la verdadera espiritualidad debe alcanzar un plano realmente humano y, por tanto, universal, es decir, no reducido a capas sociales y grupos privilegiados. Pero hay más, en el socialismo se convierte esta necesidad en una exigencia mayor en la medida que no se dispone del resorte de la explotación del hombre por el hombre y se reclama una exaltación ética necesaria para que cada individuo participe y contribuya a la materialización de nuevas relaciones sociales. Esto -a mi juicio- estaba en el trasfondo de las preocupaciones del Che sobre lo que venía observando en la URSS.

En *El socialismo y el hombre en Cuba*, está embrionariamente presentado el análisis de los factores superestructurales y subjetivos en relación con la base material de la sociedad socialista. Sigue siendo, pues, un texto central que los revolucionarios contemporáneos debemos estudiar profundamente.

En esa obra, el Che aborda el tema crucial de la superestructura ideológica, política, moral y cultural y de sus relaciones con la base económica en la especificidad cubana de los primeros años de la Revolución. Subrayó que el socialismo estaba en pañales en cuanto a la elaboración de una teoría económica y política de largo alcance. En una época en que se insistía en los estímulos materiales para la movilización social y de la producción, él insistía en los instrumentos y mecanismos de índole moral, sin olvidar una correcta utilización de los estímulos materiales, sobre todo de naturaleza social. Todo lo que esbozaba -decía- era tentativo, porque todo ello requería de una ulterior elaboración que no pudo realizar.

El mal que aquejaba al socialismo real tenía que ver con la crisis político-moral que se revelaba en un deficiente sistema institucional, jurídico, político y cultural. Es evidente que hacía falta algo más que el crecimiento de los recursos materiales. Era indispensable promover la vida espiritual necesaria a toda civilización, y de manera más profunda al socialismo. En las condiciones del socialismo, la espiritualidad debe alcanzar un nivel realmente humano y, por tanto, universal, es decir, no reducido a capas sociales y grupos privilegiados. Pero hay más, en el socialismo es esta una exigencia mayor, dado que sin el “resorte” de la explotación del hombre por el hombre, se hace imprescindible una exaltación moral mayor. Y esto no puede alcanzarse sino se trabaja, de manera organizada, en la problemática de la superestructura social. Esto estaba en el trasfondo de las preocupaciones del Che sobre lo que venía observando en la URSS.

En la década de los años sesenta, que hoy despierta en muchos un sentimiento de nostalgia, no se escucharon sus advertencias por quienes estaban obligados a hacerlo, tampoco se oyeron los consejos de Fidel, expresados en su discurso ante los dramáticos sucesos de Checoslovaquia en 1968. Dijo entonces nuestro Comandante que algo había andado mal en el socialismo cuando ocurrieron aquellas cosas. El socialismo europeo se había hecho tan “real” que acabó per-

diendo, en los años ochenta y principios de los noventa, toda realidad.

Precisamente en la idea del Che acerca del papel central que desempeñan los factores éticos y morales en la historia, y en la búsqueda que emprendió con respecto a caminos eficaces hacia la sociedad socialista, están las claves esenciales para entender los dramáticos procesos ocurridos en la Europa del Este y en la URSS.

La insuficiencia o limitación cultural, y especialmente ética, impidieron al llamado socialismo real cohesionar a los pueblos en lo interno y combatir eficazmente en lo externo a los enemigos irreconciliables de la liberación humana.

Mientras no se aborde con rigor científico el tema de la ética, y en general de la superestructura y, por tanto, de la cultura, no se hallarán las vías eficaces para marchar hacia adelante en favor de la Revolución y el socialismo. Para alcanzar una política eficaz en defensa de los explotados hay que descifrar en primer lugar, el tema de la moral y su papel en la lucha revolucionaria.

El comandante Ernesto Che Guevara es una señal de las mejores tradiciones éticas del siglo XX, y se proyecta con esa luz en esta nueva centuria. Fue el primero que habló de la necesidad de forjar al hombre del siglo XXI, hoy nos percatamos que arribamos a él, en medio de la más profunda crisis ética de la historia de la civilización occidental. Desde los tiempos de la caída del Imperio Romano no se observaba una situación similar.

La evolución posterior de la historia podría conducir a mediano y largo plazo a un colapso de proporciones incalculables si no se toma conciencia y no se actúa sobre presupuestos de una política basada en una cultura ética profundamente humanista.

Mucho se ha hablado de forma retórica y superficial acerca del humanismo. Sin embargo, la civilización podría sucumbir en sus propias redes si no retoma y asume en serio y cabalmente la herencia espiritual de quienes a lo largo de los siglos poseyeron sensibilidad, imaginación y talento para soñar, es decir, si no se exalta y afianza el espíritu que alentó a los grandes creadores desde el mítico Prometeo hasta Ernesto Che Guevara.

El reto intelectual está en demostrar, con una síntesis de cultura universal, el valor científico de la moral y de los móviles ideales en el curso real de la historia humana. Y es precisamente esa síntesis lo que se halla en la esencia de la vida y el ejemplo del Guerrillero Heroico. Sus ideas éticas fueron tildadas de idealismo filosófico y de subjetivismo por quienes, situados en la superficie de la realidad, no acertaron a penetrar en sus esencias. No pudieron, no quisieron, no les interesó entender que, como señalaba Hegel, tan real era la monarquía francesa del siglo XVIII como la Revolución que se gestaba en su seno.

No fueron capaces de entender en todas sus consecuencias, ni mucho menos asumir a plenitud, los principios internacionalistas que están en la esencia de las ideas socialistas. No supieron encontrar las formas nuevas de su aplicación en la segunda mitad del siglo XX, porque perdieron la consmovisión que sí poseía Ernesto Guevara. Mientras las leyes económicas venían trabajando desde adentro del socialismo real, para conducirlo a su destrucción, los que le imputaban al Che no tenerlas en cuenta, iban actuando de manera negativa o inhibiéndose frente a los efectos que estas producían. Se mostraron incapaces de asumir de manera

creativa el reto que tenía ante sí el pensamiento socialista en la segunda mitad del siglo XX.

El desarrollo de la economía mundial hacía imposible la perdurabilidad de la bipolaridad. Los que tanto insistían en la antigua URSS, en ajustarse a las leyes económicas no lo comprendieron así, porque habían ido perdiendo la esencia universal del socialismo. Había que crear varios Vietnam para hacer avanzar el socialismo, nos dijo el Che. La historia le dio la razón en forma de tragedia. Resultaba indispensable superar el mundo bipolar desde la izquierda, él y Fidel lo sabían mejor que nadie. Y como tal superación no se produjo, en las últimas dos décadas del siglo XX, el cambio se impuso desde la derecha. Se abrió paso a una concepción política -que conjuga la tradicionalidad y el subjetivismo de las ultraderechas y los fundamentalismos con el pensar disociador de un liberalismo anárquico salvaje- que pretende establecer a escala planetaria, y lo viene haciendo, el reino del desorden y del capricho y del voluntarismo.

A la altura de los años noventa se hicieron evidentes tres importantes conclusiones, como resultado de que no fuera la posición del Che la que prevaleciera definitivamente: la primera es que aquel cambio expresaba una necesidad de la creciente internacionalización de las fuerzas productivas y, por consiguiente, de la evolución económica y política del mundo; la segunda, que al no ocurrir desde la izquierda, se produjo desde la derecha; y la tercera, que dicho cambio desde la izquierda solamente podía hacerse promoviendo la lucha de liberación nacional en Asia, África y América Latina, apoyándola y vinculándola con las ideas del socialismo, ese era el reto que el socialismo tenía ante sí.

Las formas de acción asumidas por el Che para la realización de sus ideales pueden ser diferentes a las que deben aplicarse en la actualidad, pero la esencia de su pensamiento tiene vigencia creciente. La experiencia nos enseña que cuando se han colocado "ismos" detrás del nombre de los grandes se han limitado y tergiversado sus luminosas ideas.

La victoria de enero de 1959 significó el ensamble del pensamiento social más avanzado de la cultura universal con el humanismo de nuestra América. Por tal razón, la síntesis que el héroe guerrillero representa nos puede conducir a conclusiones certeras en los más diversos campos de la filosofía, la cultura y la acción revolucionaria.

El Che y mi generación revolucionaria asimilamos las verdades que paso a paso fueron descubriendo los hombres y que culminaron con la exaltación de lo más avanzado de la razón y la inteligencia humana. Asimismo conservamos y desarrollamos el sentido de la lucha y la esperanza en un mundo más justo que permanecía viva en la tradición espiritual de nuestra América.

Al asumir esos valores y elevarlos con su talento, heroicidad y decisión al plano más alto, el Che se convirtió en uno de los símbolos éticos más prominentes de la historia de las civilizaciones. Las ambiciones de algunos que se han presentado como dioses han sido efímeras, pero el símbolo que encarna el Che perdura y centellea en las conciencias.

No fue simplemente un Quijote con la adarga al brazo. En él había un elemento muy particular: vocación para la conceptualización teórica. Estudió las ideas de Marx de modo autodidacta y en medio del combate político y social, que es la única forma de asimilarlo radicalmente. Antes de proclamarse socialista la Revolución

cubana le preguntaron, como dirigente de nuestro país, si era admirador de Marx, y respondió que así como un físico tiene que admirar a Newton, un trabajador social tiene que situar en la más alta estima a Carlos Marx.

Apoyado en su ética personal y en su apasionada solidaridad humana, expresa ante nuestros ojos la aspiración de encontrar los nexos entre ciencia y conciencia que pueden hallarse en la articulación del pensamiento revolucionario de Europa y de América. El Che, que se formó como socialista sobre el fundamento de la cultura ética y humanista de América Latina, que escogió su oficio de médico por amor a los hombres y por interés de aliviar sus dolores, que había hablado con indios y con gente muy pobre, estaba dando desde el altiplano boliviano, en uno de los países más económicamente deprimidos de América y cercano a su patria chica, Argentina, a su ciudad natal, Rosario, una lección que no fue entendida entonces por quienes en el mundo tenían el poder y la tradición para entenderla, pero ese mensaje no ha muerto en el corazón de América.

En las tradiciones latinoamericanas no se presentó el antagonismo entre la ética y los principios y métodos científicos como sucedió en el viejo continente. Por esto Che dejó huellas imperecederas en el pensamiento político y social universal. En tanto pensador, exaltó la necesidad del rigor científico en el análisis de los hechos políticos, sociales, económicos e históricos. En tanto hombre de ética, destacó la necesidad de enseñar con su propio ejemplo y forjarse a sí mismo un carácter y un temperamento para encarar con valor a sus enemigos. Por esto, en sus horas finales, cuando se vio sin ningún recurso de defensa frente a sus captores, lanzó su última orden de combate: “¡Disparen, que van a matar a un hombre!”

En las entrañas de su ejemplo se gesta el espectro victorioso de sus ideas. No ha terminado la prehistoria del hombre. Está por comenzar la historia.



Información disponible en el sitio ARCHIVO CHILE, Web del Centro Estudios “Miguel Enríquez”, CEME:
<http://www.archivochile.com>

Si tienes documentación o información relacionada con este tema u otros del sitio, agradecemos la envíes para publicarla. (Documentos, testimonios, discursos, declaraciones, tesis, relatos caídos, información prensa, actividades de organizaciones sociales, fotos, afiches, grabaciones, etc.)

Envía a: archivochileceme@yahoo.com

NOTA: El portal del CEME es un archivo histórico, social y político básicamente de Chile y secundariamente de América Latina. No persigue ningún fin de lucro. La versión electrónica de documentos se provee únicamente con fines de información y preferentemente educativo culturales. Cualquier reproducción destinada a otros fines deberá obtener los permisos que correspondan, porque los documentos incluidos en el portal son de propiedad intelectual de sus autores o editores. Los contenidos de cada fuente, son de responsabilidad de sus respectivos autores, a quienes agradecemos poder publicar su trabajo. Deseamos que los contenidos y datos de documentos o autores, se presenten de la manera más correcta posible. Por ello, si detectas algún error en la información que facilitamos, no dudes en hacernos llegar tu [sugerencia / errata](#).